

XIII

RE  
LA  
TOS  
CORTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s  
2 0 1 1

**PREMIO RELATO MONEGRINO**

**El secreto del abuelo**

Jordi Portals Casanovas

## El secreto del abuelo

Jordi Portals Casanovas

Hace un buen rato ya que ha amanecido en la sierra de Alcubierre. Luce el sol pero el aire es frío. Sentado en un pedrusco grisáceo, Valero contempla el paisaje que le rodea: las lomas cubiertas de matorrales y algún que otro pino, el barranco que se abre a su izquierda, el promontorio que se alza en dirección norte, y la vasta y árida llanura que se extiende en la lejanía, casi hasta perderse en el infinito. Otro día en el infierno, masculla Valero. Abuelo, ¿me has dicho algo?, se acerca Eduardo al escuchar su voz. Nada, nada, hablaba para mí, sonrío Valero. ¿Las has visto? Valero levanta el dedo y señala el vuelo plácido, elegante, majestuoso, de una pareja de águilas culebreras.

Eduardo se acerca a su abuelo. Durante unos segundos eternos, los dos contemplan el paisaje monegrino en silencio. ¿No vas a dejar de volver nunca a este sitio,

verdad?, le pregunta finalmente. No mientras tenga fuerzas y las piernas me respondan, responde Valero. Y no te creas, que ya me cuesta, hasta los noventa me sentía un chaval, pero ahora tengo que reconocerte que empieza a dolerme todo. Pues entonces, abuelo, quédate en el pueblo, das un paseíto, te vas al bar, no sé, como todos los de tu quinta, replica Eduardo. ¿Los de mi quinta? De los de mi quinta ya no queda nadie, le responde rápido. Mientras tenga salud y un poco de ánimo, seguiré subiendo. Y ya sabes por qué. Tienes noventa y dos años, todo eso pasó hace muchísimo tiempo, no queda nadie en el pueblo ya que lo hubiera vivido, ¿por qué te empeñas en subir una y otra vez a la sierra?, replica su nieto. Valero le escruta fijamente con sus ojos verdosos durante un buen rato. Ya sabes por qué, repite pausadamente. Sí, pero..., insiste Eduardo. Pero Valero le corta. Vengo aquí a recordar, a recordarlos a ellos, a recordar lo que fue, lo jodido que fue, sobre todo para los que no volvieron jamás. Porque cada vez que subo aquí es como si todos vivieran, cuando pienso en ellos es como si esos jóvenes no hubieran muerto, como si hubieran tenido la misma suerte que tuve yo, como si todos hubiéramos regresado a nuestras vidas de antes de la guerra. No podemos olvidarlo, Eduardo. ¡Joder, teníamos diecisiete años! Como tú ahora, más o menos. Imagínate. ¿Qué coño hacíamos en estos montes pelándonos de frío, pasándonos canutas, muriéndonos de hambre y de sed, vigilando que no nos cazaran como conejos y disparando de vez en cuando sin tener ni puñetera idea de hacia dónde apuntar?

Valero abre una lata de atún. Junto al mendrugo de pan duro que saca de uno de los bolsillos del pantalón, será

su único alimento hasta que caiga la noche. Entonces, y si el ayudante del intendiente del batallón ha dado con ellos (es el encargado de buscar, encontrar y abastecer periódicamente a los pequeños grupos destacados en el frente) podrá comer quizá otra lata de atún, o de alubias, o un trozo de chorizo, o un poco de arroz, o alguna galleta si hay suerte. Aunque, la verdad, se conformaría con al menos otro pedazo de pan.

Valero termina la comida en pocos segundos. Con el dedo índice de la mano derecha, rebaña hasta la última gota de aceite de la lata. No la lanza hacia los matorrales de enfrente hasta que está totalmente limpia y al chuparse el dedo ya solo nota un ligero sabor metálico. A su alrededor, media docena de chavales, uniformados con la misma ropa sucia y maloliente que él, hacen más o menos lo mismo.

Mientras espera algún tipo de orden, Valero se distrae observando unas aves rapaces que vuelan en círculos a una altura considerable. Desde su posición privilegiada seguro que nos ven a todos, piensa. A nosotros, desperdigados por el monte, y a los nacionales en sus puestos fortificados en las cimas de los promontorios.

El batir de las alas de una tórtola, que pasa veloz a escasos metros de donde descansan Valero y sus compañeros, rompe el silencio durante un instante. Pero es una tranquilidad fugaz. Ficticia. Enseguida volverán las balas, el ruido de las tropas moviéndose entre los arbustos, los gritos, ya sea de órdenes de los oficiales o de dolor de un herido que haya sido alcanzado por alguna bala. Valero siente escalofríos que le recorren el cuerpo. Levanta de nuevo la vista al cielo y mira otra vez a las aves rapaces que, ajenas al sufrimiento y al miedo, siguen planeando sin urgencia. Ellas sí que son libres, les envidia.

El codazo de un compañero le devuelve a la cruda realidad. Le señala con la cabeza al suboficial, que se ha levantado y ha cogido su arma. En marcha, les espeta este. Y, disciplinado, Valero se levanta, se ajusta las correas medio rotas de la mochila, comprueba que en cada bolsillo del pantalón y de la chaqueta lleva dos cajas de municiones, coge el mosquetón y ocupa su lugar en la fila de soldados, que medio minuto más tarde empieza a andar en riguroso silencio monte arriba, con el frío, el viento y el miedo como únicos compañeros.

¿Te lo imaginas, Eduardo? Andar por esta sierra, pisando polvo, acojonados porque en cualquier momento una ráfaga de tiros nos sorprendiera, o asustados cada vez que oíamos un ruido lejano y mirábamos al cielo por si venían los aviones a bombardearnos. Fue durísimo. Han pasado setenta años, abuelo, ¿cómo puedes acordarte tan bien de todo?, le inquiera Eduardo. Dicen que el tiempo lo cura todo. Valero le mira fijamente y sonríe. Y un huevo, chaval, le suelta. Para mí es como si todo hubiera ocurrido ayer. Puedo verme ahí dentro, dice señalando los restos de una trinchera excavada en una pendiente que la maleza todavía no ha hecho desaparecer. O recordarme agazapado durante horas, a veces días enteros, dentro de un pozo de tirador, disparando de vez en cuando sin saber hacia dónde o contra qué blanco, solo para que el sargento me oyera disparar y supiera que estaba vivo, pero sobre todo para que pensara que cumplía con mi obligación de soldado y, por lo tanto, ordenara que al atardecer me llevaran algunos víveres. ¿Han pasado setenta años ya, dices? Pues yo, cuando subo aquí, cuando contemplo el mismo paisaje que pisé cuando la guerra, juraría que todo acaba de ocurrir.

Para mí es como si solo hubieran pasado un par de noches, dice Valero antes de sumirse en un largo silencio.

Sentado en el puesto que le ha asignado el sargento, desde el que controla un pequeño repecho y el inicio de un pequeño desfiladero, Valero se arrebujaba en el tabardo medio roto que ha sacado de la mochila. Joder, cada vez abriga menos, se lamenta mientras se dispone a pasar en guardia las próximas tres, cuatro, siete, quién sabe cuántas horas. El cierzo sopla sin piedad y le hielaba el cuerpo y el alma.

De repente, oye el crujir de unas ramas. Valero se pone en guardia. Agarra con fuerza el mosquetón y se parapeta tras él. A pesar de la temperatura gélida, suda. Un sudor frío, pegajoso. El corazón late aceleradamente. Ahora el ruido cesa durante unos segundos, y después regresa, y después vuelve a desaparecer. Valero espera. El dedo índice, listo para apretar el gatillo, tiembla. Quizá sea solo un animal que se mueve entre la maleza, un conejo, una perdiz, un jabalí, quién sabe, pero no hay que bajar la guardia.

Unos minutos angustiosos e interminables después, Valero escucha de nuevo el mismo ruido, pero esta vez todavía más cercano. Y entonces le ve. Un chico alto, fornido, vestido con unos harapos que en su momento debían ser algo parecido a un uniforme nacional, aparece por entre unos arbustos justo a la entrada del desfiladero. Valero, sacando valor de donde no sabía que conservaba, suelta un ¡alto! fuerte, contundente, mientras se levanta y apunta al soldado franquista con el arma. El chico, que tiene una herida en la frente que no parece ser de bala

sino más bien de alguna rama que le ha golpeado, se detiene, se da la vuelta con lentitud y levanta los brazos. Va desarmado. Le mira con ojos aterrorizados. Valero le aguanta la mirada. ¿De dónde eres?, le espeta. De, de, de Tarazona, tiembla el soldado, que no debe tener más de dieciocho o diecinueve años. No, coño, quiero decir de qué batallón, responde Valero.

Dos minutos más tarde Valero baja el mosquetón y le dice que se largue, pero en dirección norte, porque si sigues por donde venías te pillarán seguro, y más si vas desarmado. Y lárgate antes de que llegue alguien de los míos y tenga que pegarte un tiro, susurra autoritario. El chico, tembloroso, asiente con la cabeza. Suerte, murmura Valero. Gracias, muchas gracias, que Dios te bendiga, responde el joven soldado dándose la vuelta por última vez y antes de subir rápidamente el repecho y perderse tras un saliente.

Abuelo, no tenía ni idea de esta historia. He subido contigo a la sierra muchísimos días, te he escuchado en casa hablar de la guerra miles de veces, pero jamás nos lo habías contado. Valero mira a su nieto con infinita ternura durante diez, veinte, treinta largos segundos. No la sabe nadie, murmura. No se la he contado jamás a nadie. ¿Y por qué?, le pregunta Eduardo. Si fue algo bueno, si salvaste la vida de un hombre, razona. Pues... No sé, supongo que al principio por miedo a que me fusilaran. ¿Donde se ha visto que perdones la vida al enemigo en pleno campo de batalla? Si le ves tú, le pegas un tiro, si te pilla él, te lo pega a ti. Es la ley de la guerra. ¿Qué hubieran dicho mis mandos si se enteran que he dejado escapar a un soldado de Franco? Consejo de guerra fijo. Y ya te digo el veredicto: fusilado. Eduardo le mira y suelta un joder seco y



contundente. Y Valero esboza una media sonrisa resignada y prosigue su explicación. Y cuando terminó la guerra tampoco quise contárselo a nadie. Visto quién ganó, hasta quizá me hubieran dado una medalla al mérito, o un cargo en el Ayuntamiento de Leciñena, o me hubieran regalado un terreno en Perdiguera, o algún que otro privilegio, o vete tú a saber, pero yo no quería nada. Nunca quise que nadie pensara ni por un segundo que yo simpatizaba con el hijoputa que ganó la guerra, o que colaboraba con su régimen, dice Valero con el rostro muy serio. Y luego... luego pues pasaron los años, y cada vez la guerra quedaba más atrás, y ¿qué sentido tenía sacar el tema?

Abuelo... empieza Eduardo sin saber cómo seguir. Valero le mira y le suelta que lo pasado, pasado está. Entonces anda unos pasos, se agacha y recoge de entre unos matorrales una pequeña lata oxidada. ¿Has visto? Hay miles por estas tierras, ¿lo sabías? Miles de latas, miles de restos de proyectiles, trincheras, pozos... Si alguien quiere saber cómo vivimos un año y medio de nuestras vidas, el año y medio más jodido de nuestras vidas, que se dé un paseo por esta sierra.

Valero observa la lata. Señala una esquina. Fíjate, aún se lee la fecha de caducidad: 1938. Seguro que era de atún. Era el manjar más rico del mundo, te lo juro, Eduardo. Su nieto se acerca, coge la lata casi como si quisiera acariciarla. Llevaba setenta años en este matorral... ¿Quién debió comerse este atún? ¿Sobrevivió? ¿Murió aquí en los Monegros? ¿Todavía vive? ¿Qué bando defendió?, se pregunta Eduardo en voz alta. Valero arquea las cejas y fija su mirada en su nieto. Quién sabe, dice mientras se sienta en una pequeña roca y con la mano hace un gesto invitando al chico que vaya a sentarse a su lado.

Valero coge un puñado de tierra y deja que se escurra muy lentamente entre sus dedos. Creo que realmente no quise matar a ese chico de Tarazona porque era un desgraciado como yo, era un pobre chaval que corría por el monte con la misión de matar al enemigo. ¡Al enemigo!, mecagüen la hostia, al enemigo, ya ves, a él le alistaron en el otro bando y a mí en este, como podía haber ocurrido al revés. Solo éramos unos pobres diablos que obedecíamos órdenes, ¿entiendes? Creo que no quise matarle porque ese chico podía haber sido yo mismo, termina Valero con la voz entrecortada y los ojos húmedos.

Valero y Eduardo otean el horizonte monegrino en silencio. Sigue todo tan pelado como entonces, bromea Valero. Qué va, abuelo, que antes no teníais regadío, replica Eduardo. No jodas, que vamos a mejor. Eso es verdad, y tampoco teníamos aire acondicionado en verano, se ríe Valero mientras da un enorme bocado a una manzana.

Esta noche se cumplen siete meses desde que Valero fue mandado al frente de Alcubierre. Siete meses en que apenas se han movido. Algunas veces han avanzado unos centenares de metros, y otras han tenido que echarse para atrás, sobre todo cuando la aviación franquista ha echado una mano a su infantería y les ha obligado a retroceder por cojones y a toda leche y les ha hecho perder en unos pocos minutos lo que habían logrado en días o semanas de penosos avances. ¿Qué coño hago aquí?, se repite una y otra vez. Y piensa en sus padres, sobre todo en su madre, e imagina lo que debe de estar sufriendo, la pobre. ¿Cuándo terminará la guerra?, se pregunta sabiendo que no tiene ni puede tener ni puta idea de la respuesta. Ojalá se hubiera largado antes de que empezara todo. Quizá, se lamenta, si

de pequeño hubiera puesto más atención a las clases de acordeón del maestro Nicolás hubiera llegado a ser alguien, quizá hasta le hubieran contratado en el extranjero, como al gran Pepito Porta de principios de siglo que de Sariñena, recuerda Valero, se recorrió medio mundo tocando el violín como los ángeles. Pero claro, entonces yo qué coño sabía de que un día habría que ir a la guerra. Es normal que prefiriese ir a jugar con los amigotes en vez de tocar el acordeón, joder, se indulta a sí mismo mientras le viene a la mente la única vez que vio tocar el violín a Porta. Él apenas tenía cinco o seis años, debía ser hacia 1925 o así, pero qué maravilla, por Dios, qué clase, recuerda como si el concierto acabara de terminar hace unos minutos.

Protegido por la alambrada con la que han cercado el monte desde el que vigilan los movimientos de los centenares de soldados nacionales que tienen enfrente, Valero intenta en vano conciliar el sueño. No puede quitarse de la cabeza la cara asustada del chico de Tarazona. Su rostro atemorizado, los ojos fuera casi de sus órbitas, las manos levantadas con las palmas abiertas y los dedos separados, su expresión desencajada. ¿Por dónde debe de andar ahora? ¿Habrá conseguido regresar con los suyos, o seguirá vagando por el monte solo, sin comida, munición ni ropa de abrigo en esta noche tan fría? Esta noche, él lleva puesto el tabardo, y debajo un chaleco grueso, un jersey, una camisa de franela, una bufanda, dos guantes, dos pares de calcetines y aún así está tiritando. Valero mira ahora el viejo máuser alemán medio oxidado. Con esta mierda de armamento, piensa, tenía que haberle disparado. Mecagüenlaputa qué mierda de guerra es esta para el que la viva de verdad.

¿Cómo iba a matar a ese pobre chico?, repite Valero. Joder si el pobre estaba tan asustado o más que yo. Habría sido un miserable si le hubiera disparado. Si le hubiera matado no me lo habría perdonado el resto de mi vida. Pero cuidado, todo eso no lo pensé en ese momento, qué va. No pensé nada, solo me salió dejarle marchar. Pero creo que hice lo correcto. Coño, ¿cómo iba a pegarle un tiro como si cazara un conejo que corriera por el monte? A la mierda las órdenes de mis superiores, a la mierda todo.

Valero se da la vuelta y anda unos pasos monte arriba. Apoya el brazo en una sabina medio torcida, moldeada por el viento y los años. La mira y acaricia su tronco. Y después se agacha y coge una piedra. La levanta y se la muestra a Eduardo. Ella ya estaba aquí cuando yo era joven y luchaba en el frente. Quizá fue pisada por algún soldado, quizá alguien la sostuvo como ahora yo la tengo en la mano. Esta piedra fue testigo de la barbarie. Y aquí sigue. El mundo sigue girando, nosotros no aprendemos la lección y seguimos matándonos, y las piedras callan y esperan, y cuando nosotros nos hemos asesinado ellas siguen aquí viendo pasar el tiempo. Joder, abuelo, ahora te has pasado de filósofo, le espeta Eduardo. Valero le mira y se ríe. Coño con los jóvenes, qué descarados suben, con lo bien que me había quedado el discurso. Y entonces Valero desciende el trecho que ha subido hace un momento, y Eduardo asciende siete u ocho pasos hasta llegar a la altura de su abuelo y los dos se funden en un largo y emocionado abrazo.

Abuelo y nieto empiezan el descenso hacia el coche. Les queda una media hora por un pequeño sendero. Sabes, Eduardo, como decía George Orwell, el escritor inglés... ¡Eso sí me lo has contado centenares de veces!, le corta

el nieto. Combatió durante un par de meses contigo, ¿no? Pues te lo contaré una vez más, que para eso soy tu abuelo y te cuento batallitas, tercia Valero mientras Eduardo no puede evitar una carcajada.

Joder con Orwell, qué tío, y qué bien puestos los tenía, venir a luchar por un ideal no lo hace cualquiera. La gente hace, hacemos vaya, las cosas por pasta o por obligación. Largarte de tu casa para enrolarte como voluntario para luchar contra el fascismo en otro país... joder, eso no lo haríamos ni tú ni yo ni casi nadie. Joder, eso tiene mucho mérito. Lo que hicieron los brigadistas no tiene precio, afirma rotundo Valero. Y encima perdieron, musita Eduardo mientras da el brazo a su fatigado abuelo para hacerle más llevadero el trecho que todavía les falta hasta el llano donde esta mañana han dejado el coche.

Orwell, eres escritor, ¿no? El soldado inglés al que Valero conoció anteayer asiente con la cabeza mientras sonrío levemente. Los dos se encuentran dentro de una trinchera que han terminado de excavar hace apenas un par de horas. Cuando vuelvas a casa, escribe lo que has visto, que la gente que no ha estado aquí sepa qué infierno estamos pasando, insiste Valero. Cuéntales, cuéntales que aquí ya no luchamos contra ningún ejército, que el enemigo es lo de menos, que aquí luchamos contra la pulmonía, no contra los tiros. ¡Es que es así! Aquí luchamos por sobrevivir. Para nosotros la victoria es conseguir un puñado de cigarrillos, un poco de leña para hacer un fuego y podernos calentar, un pedazo de pan, alguna vela para vernos las caras por la noche y pensar que no estamos tan solos. Esta es nuestra guerra. Escríbelo por nosotros, inglés, escríbelo para que nuestros hijos, nuestros nietos, el mundo entero sepa qué

pasó una vez en este rincón del planeta. Valero le acerca entonces un cazo con agua a Orwell, que bebe con avidez. Después, el inglés saca una libretita y un pequeño lápiz del bolsillo y empieza a escribir compulsivamente.

Cinco minutos después los gritos resuenan en esta minúscula posición republicana. ¡Han matado a Batista! ¡Han matado a Batista! El lamento desgarrador de González, el chaval más joven del batallón y que acostumbraba a jugar a las cartas con el ya difunto soldado, rompe la noche. Ha sido una bala suelta, inesperada, cagüendiós, y eso que parecía una guardia tranquila, dice el sargento. Jacinto, mañana por la mañana sal para Sariñena y que den el aviso de que Batista ha caído, ordena. Valero, sustituye a ese pobre chico. Pero ya, ¡cagando leches! Y Valero, con el corazón encongado y el miedo pegado al alma, se levanta, coge el mosquetón medio oxidado y anda hacia el pozo de tirador como si fuera al matadero. Orwell le despide con una mueca que pretende ser una sonrisa y una palmada en la espalda que pretende ser algo así como un gesto de ánimo.

Valero murió la semana pasada. Se fue a dormir como siempre, a eso de las once, pero ya no se despertó a la mañana siguiente. El corazón de este hombretón monegrino de noventa y dos años dijo basta.

Esta mañana de domingo Eduardo ha vuelto a subir a la sierra. Esta vez ha subido solo, a paso vivo. Y, cuando ha llegado a donde siempre, se ha sentado en el pedrusco en el que la última vez su abuelo le contó la historia del chico de Tarazona. Eduardo ha mirado entonces los promontorios donde los nacionales se hicieron fuertes, los barrancos

por donde los soldados intentaban avanzar sin ser vistos, la antigua trinchera ya medio cubierta por la maleza, las áridas llanuras de la lejanía, las manchas verdes de las cada vez más extensas zonas de regadío, y ha buscado esta vez sin suerte algún resto de la batalla como una lata oxidada o algún tipo de munición. Después ha cogido un puñado de tierra y ha dejado que se escurriera entre sus dedos, y no ha podido, ni ha querido, evitar que una lágrima resbalase mejilla abajo.

Ahora ya ha oscurecido. En casa, sentado frente al ordenador, Eduardo piensa en su abuelo Valero. En su historia. En su vida. En la guerra que tuvo que vivir. En su secreto que finalmente se atrevió a contar a alguien. A él. A su único nieto. Y Eduardo quiere que la gente sepa lo que hizo su abuelo Valero. Lo valiente que fue. Lo que sufrió. Lo que padeció. Lo que hizo sin que nadie lo supiera. Ahora que ya no está es el momento de explicarlo, piensa Eduardo frente a la pantalla aún en blanco del ordenador, justo cuando sus dedos, impetuosos, empiezan a teclear con decisión y comienzan a contar a quien quiera leerla la historia del secreto de su abuelo:

Hace un buen rato ya que ha amanecido en la sierra de Alcubierre. Luce el sol pero el aire es frío. Sentado en un pedrusco grisáceo, Valero contempla el paisaje que le rodea: las lomas cubiertas de matorrales y algún que otro pino, el barranco que se abre a su izquierda, el promontorio que se alza en dirección norte, y la vasta y árida llanura que se extiende en la lejanía, casi hasta perderse en el infinito. Otro día en el infierno, masculla Valero...



**Los Monegros**  
CONSEJO COMARCAL